

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Discurso

VISITA PASTORAL A LA DIÓCESIS DE SAN MARINO-MONTEFELTRO 2011

Encuentro con jóvenes en Pennabilli

19 de junio de 2011

Queridos jóvenes:

Me alegra mucho estar hoy en medio de vosotros y con vosotros. Siento toda la alegría y el entusiasmo que caracterizan a vuestra edad. Saludo y expreso mi agradecimiento a vuestro obispo, monseñor Luigi Negri, por las cordiales palabras de acogida, y a vuestro amigo, que se ha hecho intérprete de los pensamientos y sentimientos de todos, y ha formulado algunas preguntas muy serias e importantes. Espero que a lo largo de esta exposición mía se hallen los elementos para encontrar las respuestas a esas preguntas. Saludo con afecto a los sacerdotes, a las religiosas, a los animadores que comparten con vosotros el camino de la fe y de la amistad; y naturalmente también a vuestros padres, que se alegran al veros crecer fuertes en el bien.

Nuestro encuentro aquí, en Pennabilli, ante esta Catedral, corazón de la Diócesis, y en esta plaza, nos remite con el pensamiento a los numerosos y diversos encuentros de Jesús que nos narran los Evangelios. Hoy quiero recordar el célebre episodio en que el Señor se hallaba en camino y uno —un joven— le salió al encuentro y, arrodillándose, le planteó esta pregunta: «*Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?*» (Mc 10,17). Nosotros tal vez no lo expresaríamos así hoy, pero el sentido de la pregunta es precisamente: «¿qué debo hacer, cómo debo vivir para vivir realmente, para encontrar la vida?» Así pues,

aunque eso hubiera sido posible, nada ni nadie habría podido eliminar los interrogantes más profundos sobre el significado de la vida y de la muerte, del sufrimiento, de todo, porque estos interrogantes están inscritos en el alma humana, en nuestro corazón, y rebasan el ámbito de las necesidades. El hombre, incluso en la era del progreso científico y tecnológico, que tanto nos ha dado, sigue siendo un ser que desea más, más que la comodidad y el bienestar; sigue siendo un ser abierto a toda la verdad de su existencia, que no puede quedarse en las cosas materiales, sino que se abre a un horizonte mucho más amplio. Todo esto lo experimentáis vosotros continuamente cada vez que os preguntáis "¿por qué?"; cuando contempláis una puesta de sol, cuando la música mueve vuestro corazón y vuestra mente, cuando experimentáis lo que quiere decir amar de verdad, cuando sentís fuertemente el sentido de la justicia y de la verdad, y también cuando sentís la falta de justicia, de verdad y de felicidad.

Queridos jóvenes, la experiencia humana es una realidad que nos aúna a todos, pero a la que se le pueden dar diversos niveles de significado. Y es aquí donde se decide de qué modo orientar la propia vida y se elige a quién confiarla, en quién confiar. Siempre existe el peligro de quedar aprisionados en el mundo de las cosas, de lo inmediato, de lo relativo, de lo útil, perdiendo la sensibilidad por lo que se refiere a nuestra dimensión espiritual. No se trata, de ninguna manera, de despreciar el uso de la razón o de rechazar el progreso científico; todo lo contrario. Se trata más bien de comprender que cada uno de nosotros no está hecho solo de una dimensión "horizontal", sino que comprende también la dimensión "vertical". Los datos científicos y los instrumentos tecnológicos no pueden sustituir al mundo de la vida, a los horizontes de sentido y de libertad, o a la riqueza de las relaciones de amistad y de amor.

Queridos jóvenes, precisamente en la apertura a la verdad integral de nosotros mismos y del mundo descubrimos la iniciativa de Dios con respecto a nosotros. Él sale al encuentro de cada hombre y le da a conocer el misterio de su amor. En el Señor Jesús, que murió y resucitó por nosotros y nos dio el Espíritu Santo, somos incluso partícipes de la vida misma de Dios; pertenecemos a la familia de Dios. En Él, en Cristo, podéis encontrar las respuestas a los interrogantes que acompañan vuestro camino; no de modo superficial, fácil, sino caminando con Jesús, viviendo con Jesús. El encuentro con Cristo no se limita a la adhesión a una doctrina, a una filosofía, sino que lo que Él os propone es compartir su misma vida y así aprender a vivir, aprender lo que es el hombre, lo que es uno mismo. A aquel joven que le preguntó qué

Al concluir este encuentro, quiero encomendaros a cada uno de vosotros a la Virgen María, Madre de la Iglesia. Como ella, pronunciad y renovad vuestro "sí" y alabad siempre al Señor con vuestra vida, porque Él os da palabras de vida eterna. ¡Ánimo!, por tanto, queridos jóvenes y queridas jóvenes, en vuestro camino de fe y de vida cristiana; también yo estoy cerca de vosotros y os acompaño con mi bendición. Gracias por vuestra atención.